

La guerra que al fin gané

Kimberly Brubaker Bradley

loqueleg®

Capítulo uno

Puedes saber todo lo que quieras, pero eso no quiere decir que te creas todo lo que sabes.

—Ada, necesitas tomar algo —escuché la voz regañona de Susan, mientras me pasaba una taza de té frío.

—No quiero —me defendí—, de verdad que no.

Susan me obligó a asir la taza, mientras decía:

—Te entiendo, pero por favor inténtalo. Es lo último que te van a dejar tomar, y en la mañana te vas a estar muriendo de sed.

Mi pie derecho estaba completamente torcido a la altura del tobillo. Así lo había tenido toda mi vida. Mi tobillo creció chueco, de forma tal que las uñas arañaban el piso y lo que se suponía que era la planta miraba hacia el cielo. Caminar era lo más doloroso del mundo. A pesar de los callos que se habían formado, la piel seguía abriéndose y sangrando.

La noche de hospital de la que hablo —hace unos tres años— fue el 16 de septiembre de 1940. Un lunes, para ser exactos. Había pasado poco más de un año desde que estalló la guerra de Hitler contra prácticamente el resto del mundo,

y habían pasado once años desde que estalló la guerra del resto del mundo contra mí.

Al día siguiente un grupo de cirujanos iba a cortarme el tobillo torcido y a arreglármelo; en una de éstas hasta lo convertirían en algo así como un pie funcional.

Rocé con los labios la taza que Susan me había dado y traté de sorber. La garganta se me cerró, me atraganté y salpiqué té por las cobijas y en la charola.

Susan suspiró. Después limpió el desastre y fue en busca de una de las enfermeras que estaba cubriendo la ventana para que se llevara la charola.

Desde el inicio de la guerra, todas las noches cubríamos las ventanas con unas pantallas de tela negra enmarcadas en madera para que los bombarderos alemanes no pudieran apuntar a nuestras luces. Mi hospital no estaba en Londres, ciudad que era bombardeada todas las noches, pero eso no significaba que estuviéramos a salvo. Nunca se sabía lo que los alemanes iban a hacer.

—Llegó una carta para usted —anunció una de las enfermeras y le dio a Susan un sobre, justo antes de llevarse la charola.

—¿Una carta para mí, en el hospital? Qué raro —dijo Susan, mientras la abría—. Es de Lady Thorton; debe de haberla enviado antes de recibir mi recado con la dirección de la casa de huéspedes. Ada, ¿estás segura de que no quieres nada de cenar? ¿Qué tal algo de pan tostado?

Lo rechacé mientras sentía dar vueltas en mi estómago el sorbo de té que había tragado.

—Creo que voy a vomitar —alcancé a musitar.

Susan resopló y me miró; de inmediato tomó una bacínica de un estante del buró y me la colocó justo debajo de la barbilla. Apreté los dientes y logré mantener todo adentro.

La mano de Susan tembló, al igual que la charola. La miré a la cara: estaba pálida y los ojos lucían tan abiertos como profundos.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Qué dice la carta?

—Nada —respondió—. Respira profundamente; eso es lo importante ahora.

Dejó la bacínica en su lugar, dobló la carta de Lady Thorton y la guardó en su bolsa.

Algo iba mal. Se le notaba en la cara.

—¿Le pasa algo a Mantequilla? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Que si le pasa algo a Mantequilla?

Mantequilla era el poni de Susan. Lo adoraba. Se estaba quedando en los establos de Lady Thorton mientras yo estaba en el hospital.

—No —respondió Susan—, Lady Thorton no dice absolutamente nada de Mantequilla, pero lo habría hecho si hubiera algún problema.

—¿Se trata de Maggie?

Maggie era la hija de Lady Thorton, y era mi mejor amiga.

—Maggie está bien —respondió Susan, con las manos aún temblorosas y con la mirada alterada—. Todos están bien en el pueblo.

—Y Jamie está bien —afirmé, no pregunté, porque tenía que ser verdad.

Mi hermano Jamie no estaba en el pueblo; estaba aquí, con nosotras. Susan, Jamie y Bovril, el gato de Jamie, se estaban quedando en un cuarto de una casa de huéspedes cerca del hospital. Jamie se había quedado allá, con la encargada.

Mi hermano tenía seis años. Creíamos que tenía siete, pero habíamos conseguido su acta de nacimiento, y todavía no los cumplía.

Yo tenía once años, según decía mi acta de nacimiento, que acababa de leer; hacía apenas una semana que me había enterado de cuándo era realmente mi cumpleaños.

—Jamie está bien —asintió Susan.

—¿Pasa algo con mi operación? —pregunté, tras dar un buen suspiro.

Todavía una semana atrás, cuando mamá nos había intentado apartar de ella, Susan dijo que no se le permitía autorizar la cirugía. Y todavía no lo podía hacer, pero ya no le importaba: había ocasiones en que la opción correcta y la opción reglamentada no coincidían. Yo necesitaba una operación y entonces la iba a tener.

Por las dudas, yo no preguntaba nada.

—No voy a permitir que nada detenga tu operación —me dijo, mientras me acariciaba el cabello.

De todas formas, había algo en su voz y en su expresión que me inquietaba; sabía que la carta de Lady Thorton tenía algo que ver. Lady Thorton tenía la capacidad de hacer enojar a quien fuera. Cuando la conocí, antes de que supiera cómo se llamaba, la bauticé como la mujer con la cara de hierro; era filosa como un hacha.

Lady Thorton no podía estar con nosotros en el hospital. Habíamos perdido todo en la casa de Susan, pero yo tenía a Jamie, a Susan, a Bovril y a Mantequilla. Y mañana iba a ser mi operación. Todo eso era más que suficiente.

Puedes saber todo lo que quieras, pero eso no quiere decir que te creas todo lo que sabes.

Hacia poco más de un año, yo sola había aprendido a caminar en el departamento, de una sola habitación, de mamá, en Londres. Lo había mantenido en secreto, y todos los días, antes de que mamá regresara, me limpiaba la sangre del pie. Lo único que deseaba era ser capaz de salir del departamento, no de la ciudad, pero, al final, aprender a caminar me salvó la vida. Cuando mamá sacó a Jamie de Londres con todos los demás niños, para ponerlos a salvo de las bombas de Hitler, yo también me escabullí. Acabé con Susan y con Mantequilla, en un pueblo a la orilla del mar, en Kent.

Por ese entonces, Susan no nos quería; nosotros tampoco la queríamos a ella. A quien sí quería yo era a su poni, y a Jamie y a mí nos encantaba la comida de Susan, y no pasó mucho tiempo para que los tres quisiéramos quedarnos juntos. Por supuesto, cuando eso pasó, mamá se apareció para llevarnos de vuelta a Londres; apenas había pasado una semana de ello. Pero Susan decidió luchar por nosotros. Nos siguió hasta Londres, gracias a lo cual ninguno de nosotros estaba en casa de Susan la noche en que los bombarderos alemanes la destruyeron por completo. Así que lo peor que nos había pasado —el regreso de mamá— se convirtió en lo mejor que nos había pasado: sobrevivir a las bombas.

En ese momento todo el mundo se comportaba como si mi inminente operación fuera lo mejor del mundo, lo que me hacía preguntarme si no se iba a convertir en lo peor. Susan decía que no podía salir mal: esperaba que mi pie funcionara a la perfección, pero si eso no ocurría, de todas maneras yo iba a estar bien.

Quizás.

Todo dependía de lo que significara la palabra “bien”.

Todavía estábamos en guerra. Las enfermeras afirmaban que eran capaces de llevar a todos los pacientes al sótano si las alarmas antiaéreas sonaban. Aún no lo habían tenido que hacer, así que cómo saber si en verdad lo lograrían.

Susan se inclinó y me abrazó. Todo resultaba muy extraño para las dos. Suspiré. Mi estómago volvió a retorcerse.

—No te preocupes —me dijo Susan—; te veré en la mañana. Ahorita ya duérmete.

No logré conciliar el sueño pero de todas formas la noche pasó. En la mañana, Susan me tomaba de la mano mientras una enfermera me empujaba en una silla de ruedas por el pasillo. Nos detuvimos frente a una enorme puerta blanca.

—Hasta aquí puede llegar —le anunció la enfermera a Susan.

No había caído en la cuenta de que Susan me iba a tener que dejar sola. Me le pegué y le pregunté:

—¿Qué va a pasar si algo sale mal?

Me apretó los dedos con los suyos, y me dijo:

—Sé valiente.

Y se fue.

En el quirófano, un hombre en bata me acercó una máscara a la cara y me explicó:

—Cuando te ponga esto en la boca, quiero que cuentes muy lentamente hasta diez.

Apenas iba en el cuatro cuando me dormí.

Despertar fue mucho más complicado. Mi pierna derecha estaba inmovilizada. No me podía mover. Me retorcí para intentar liberarme. Sentía que estaba atrapada entre escombros, tras un bombardeo. No podía mover la pierna. De pronto, me sentí de nuevo encerrada en el gabinete húmedo abajo del fregadero, en nuestro antiguo departamento de Londres. Mamá me había encerrado. Las cucarachas...

—Shhh —me susurró Susan en el oído—, tranquila, ya pasó todo, y todo salió bien.

Pero yo no estaba bien, no en el gabinete, no con mamá.

Alguien me sujetó los brazos, y luego me envolvieron firmemente con una cobija, para inmovilizarme.

—Abre los ojos —me indicó Susan—; ya acabó la operación.

En cuanto los abrí, alcancé a ver la figura de Susan, muy borrosa, pronunciando lentamente:

—Estás sana y salva.

Tragué saliva con dificultad, y respondí:

—Mientes.

—No, es verdad.

—No puedo mover la pierna, la pierna derecha, la del pie zambo...

—No tienes un pie zambo —dijo Susan—, ya no.

Me desperté ya bien entrada la noche. Pantallas negras rodeaban mi cama; una pequeña luz brillaba detrás de ellas.

—¿Susan? —murmuré.

Una de las enfermeras se acercó a la cama.

—¿Tienes sed?

Asentí. Me sirvió un vaso de agua y me lo tomé.

—¿Te duele mucho? —me preguntó.

No podía mover la pierna derecha porque los doctores me la habían enyesado después de la cirugía. Me vino el recuerdo de pronto, de golpe. Debajo del yeso, un dolor agudo y pesado se concentraba en mi tobillo derecho y subía hasta la rodilla.

—No sé —respondí—, la verdad es que siempre me duele el pie.

—¿Más de lo que puedes aguantar?

Negué con la cabeza: podía soportar prácticamente todo.

La enfermera sonrió y dijo:

—Así me gusta. Tu madre ya nos había dicho que eras muy valiente.

Me dio una pastilla y me dijo que me la tomara.

—Susan no es mi mamá —le aclaré.

Gracias a Dios que no era mi mamá... Me tomé la pastilla y caí dormida otra vez.

Cuando volví a abrir los ojos, me encontré con que la cara de Jamie estaba a unos cuantos centímetros de la mía. Parecía

que no se había peinado en semanas. Tenía los ojos rojos e hinchados. Lloraba. Me asusté mucho y grité:

—¿Qué pasa?

Jamie se abalanzó a la cama y golpeó mi yeso sin querer; me retorcí de dolor.

—¡Cuidado! —exclamó Susan, y lo empujó para que se bajara.

Jamie se metió en la cama conmigo; yo lo abracé y me le quedé mirando fijamente a Susan.

—Dime qué pasó —le pedí.

—Lady Thorton me lo anunció en su carta —respondió Susan; yo asentí, porque estaba al tanto de que le había escrito.

—Mamá se murió —dijo Jamie.

Puedes saber todo lo que quieras, pero eso no quiere decir que te creas todo lo que sabes.

Capítulo dos

Sabía que mamá trabajaba de noche en una fábrica de municiones, en Londres. Sabía también que Londres estaba siendo bombardeada, todas las noches, implacablemente. Sabía que las fábricas, sobre todo las de municiones, eran un objetivo prioritario de los alemanes. Yo misma había sufrido un bombardeo. Las paredes de ladrillo explotaron y se derrumbaron encima de mi cabeza. Después, los pedazos de vidrio roto brillaban en las calles, como brilla la nieve.

Así que era consciente de que mamá podía morir; sólo que no lo podía creer. A pesar de las bombas, yo creía que mamá iba a vivir por siempre.

Temía que Jamie y yo nunca fuéramos libres.

Abracé a Jamie, quien lloriqueaba. De nueva cuenta, golpeó mi yeso; me las ingenié para no gritar de dolor.

Susan colocó una almohada entre el yeso y Jamie, y se hizo un lugar en la orilla de la cama para poder acariciar su espalda.

—¿De verdad? —pregunté.

—De verdad —respondió.

—¿Pero en serio de verdad?